

LA BALADA DE G'MELI

Cordwainer Smith

Ella era una chica muy femenina y ellos, hombres de verdad, los amos de la creación, pero ella puso su ingenio en juego contra ellos y ganó. Nunca había sucedido antes, y es seguro que no ocurriría nunca otra vez pero ganó ella. No era siquiera de extracción humana. En derivada de gato aunque humana en su apariencia exterior, lo que explicaba la G que acompañaba a su nombre. El nombre de su padre era G'mackintosh y su nombre era G'mell. Ella tuvo éxito con su artimaña contra los legítimos y unidos lores de la Instrumentalidad.

Todo ocurría en Puertotierra, el mayor de los edificios y la menor de las ciudades, que se levantaba a veinticinco kilómetros de altura en la orilla occidental del más pequeño mar de la Tierra.

Jestocost tenía una oficina en el exterior de la cuarta válvula.

Jestocost gustaba de la luz solar matinal, al contrario de la mayoría de los otros señores de la Instrumentalidad de tal manera que él no tenía ningún problema en conservar para sí la oficina y los departamentos que había seleccionado. Su oficina principal tenía noventa metros de fondo, veinte de altura, veinte de ancho. Tras de ella estaba la "cuarta válvula", de casi mil hectáreas de extensión. Tenía forma helicoidal, como un enorme caracol. El departamento de Jestocost con lo grande que era, no era sino una de las casillas en el amortiguador sobre el borde de Puertotierra. Puertotierra se erguía como una enorme copa, levantándose desde el magma hasta la alta atmósfera.

Puertotierra había sido construido durante una de las eras de mayor ostentación mecánica de la humanidad. Aunque los hombres tenían cohetes nucleares desde el comienzo de la historia consecutiva, emplearon cohetes químicos para cargar los vehículos interplanetarios de impulso iónico y nuclear o para ensamblar las naves fónicas de crucero interestelar. Impacientes por los problemas de llevar las cosas pedazo a pedazo hasta el cielo, construyeron un cohete de un billón de toneladas, sólo para encontrar que arruinaba cuanto tocaba al aterrizar. Los Daimoni -pueblos de extracción terrestre que regresaron de algún sitio más allá de las estrellas- ayudaron a los hombres a construir un material a prueba del clima, del herrumbre, del tiempo y de la fatiga. Después se fueron y no volvieron jamás.

Jestocost miraba a menudo en derredor de su apartamento y se preguntaba cómo sería cuando el gas al rojo blanco, silbando en un murmullo, surgía de la válvula hasta su propia cámara y las otras sesenta y cuatro cámaras semejantes. Ahora tenía una pared de sólida madera, y la válvula misma era

una gran caverna hueca donde había- algo de vida silvestre. Nadie necesitaba ya tanto espacio. Las cámaras eran útiles, pero la válvula no servía para nada. Naves planiformes suspiraban desde las estrellas; aterrizaban en Puertotierra a modo de conveniencia legal, pero no hacían ruido y ciertamente no tenían gases ardientes.

- Jestocost miró hacia las altas nubes que se encontraban a gran distancia por debajo de él y habló consigo mismo.

-Bonito día. Buen aire. No hay problemas. Mejor comida.

Jestocost hablaba consigo mismo de ese modo a menudo. Era un individuo, casi un excéntrico. Uno de los del consejo superior de la humanidad, tenía problemas, pero no eran problemas personales. Tenía un Rembrandt - colgado encima de su cama; el único Rembrandt - conocido en el mundo, así como él era quizá la única persona que pudiera apreciar un Rembrandt. Tenía la tapicería de un olvidado imperio colgando del muro trasero. Cada mañana el sol presentaba una gran ópera para él, encendiendo, mutando y entrelazando los colores de modo tal que casi podía imaginar que los viejos días de luchas, asesinatos y gran drama habían retornado a la Tierra nuevamente. Tenía un ejemplar de Shakespeare, un ejemplar de Colegrove y dos páginas del Libro de Eclesiastés en una caja cerrada tras de su cama. sólo cuarenta y dos personas en el universo podían leer inglés arcaico, y él era una de ellas. Bebió vino, que mandaba hacer a sus robots en sus propios viñedos de la Costa Sunset. Era un hombre, en breve, que había arreglado su vida para vivir confortablemente, egoístamente y bien en lo personal, de tal modo que pudiera dar generosa e imparcialmente sus talentos al lado oficial.

Cuando despertó esa mañana en particular, no tenía idea de que una hermosa joven iba a caer perdidamente enamorada de él - que encontraría, tras de más de un centenar de años de experiencia en el gobierno, otro gobierno en la tierra tan fuerte y casi tan antiguo como el suyo- que voluntariamente conspiraría y peligraría -por una causa que no comprendería completamente. Todo esto se lo ocultaba piadosamente el tiempo, por lo que su único problema al levantarse era si tomaría o no vino con su desayuno. En el día 173- de cada año, siempre comía huevos. Éstos eran un solaz tan raro que él no quería echarse a perder tomando demasiados ni privarse de ellos y olvidar tal deleite no comiéndolos en lo absoluto. Deambuló por la habitación murmurando.

-¿Vino blanco? ¿Vino blanco?

G'mell llegaba a su vida, pero él no lo sabía. Ella estaba destinada a ganar; esa parte, ella misma no la conocía.

Aun desde que la humanidad había alcanzado el redescubrimiento del hombre, tornando nuevamente a los gobiernos, moneda, periódicos, lenguajes nacionales, enfermedades y muertes ocasionales, había existido el problema de los sub-pueblos. Pueblos que no eran humanos, sino meramente de forma

humana provenientes de la estirpe - de los animales terrestres. Podían hablar, cantar, leer, escribir, trabajar, amar y morir; pero no estaban cubiertos por las leyes humanas, que simplemente los definían como *homúnculos* y les daban una situación legal cercana a los animales o a los robots. Las gentes verdaderas del mundo exterior eran llamados siempre *hominidos*.

La mayor parte de los sub-pueblos trabajaban y aceptaban su situación de semiesclavos sin ningún problema. Algunos se hicieron famosos G'mackintosh fue el primer ser terrestre en realizar un salto de mil metros de longitud bajo gravedad normal. Su retrato estaba en un millar de mundos. Su hija, G'mel1, era una *chica coqueta* que se ganaba la vida dando la bienvenida a los seres humanos y *hominidos* de los mundos exteriores y haciéndolos sentirse como en su casa cuando llegaban a la Tierra. Ella -tenía el privilegio de trabajar en Puetotierra, pero tenía el deber de trabajar muy duro para ganarse una vida que no valía la pena. Los seres humanos y los *hominidos* habían vivido tanto tiempo en una sociedad tan opulenta que no conocían el significado de ser pobres. Pero los Señores de la Instrumentalidad habían decretado que los sub-pueblos, derivados de la cepa animal, vivirían bajo la economía del mundo antiguo; tendrían que tener su moneda especial y pagar por sus habitaciones, sus alimentos, sus posesiones y la educación de sus hijos. Si caían en la bancarrota, irían al asilo donde eran eliminados indoloramente con gas.

Era evidente que la humanidad, habiendo resuelto todos sus propios problemas básicos, no estaba preparada para permitir que los animales terrestres, no importa cuánto hubieran cambiado, asumieran una igualdad completa con el hombre.

El lord Jestocost, séptimo de ese nombre, se oponía á la 'política. Era un hombre que tenía poco amor, no tenía temores, estaba libre de ambiciones y se dedicaba a un trabajo; pero hay pasiones de gobierno tan profundas y retadoras como las emociones del amor. Doscientos años de saberse en posesión de la razón y de ser derrotado en las elecciones, instalaron en Jestocost un furioso deseo de hacer las cosas de acuerdo con Su propia manera de pensar, Jestocost era uno de los pocos hombres verdaderos que creían en los derechos de los sub-pueblos. No pensaba que la humanidad jamás corregiría los pasados errores a menos que los mismos sub-pueblos tuvieran algunos de los instrumentos del poder: armas, conspiración, riqueza y (sobre todo) organización con qué retar al hombre. No temía a la revuelta, pero estaba sediento de justicia con un anhelo obsesivo que opacaba todas las demás consideraciones.

Cuando los lores de la Instrumentalidad tuvieron noticias de que había rumores de conspiración entre los sub-pueblos, dejaron la investigación a los robots policías.

Jestocost en cambio, organizó su propia policía, usando a los mismos miembros de los sub-pueblos para el propósito, esperando reclutar enemigos que se dieran cuenta que él era un enemigo amistoso y que. con el tiempo, lo pusieran en contacto con los líderes del movimiento.

Si esos, líderes existían, eran muy hábiles. ¿Cuándo dio señal alguna una muchacha como G'mell de ser la punta de lanza de una red de agentes que se habían introducido en el mismo Puertotierra? Si existían eran muy cuidadosos. Los monitores telepáticos, tanto los robóticos como los humanos mantenían ~s bandas de pensamiento bajo vigilancia mediante el muestreo al azar. Aun los computadores no mostraban nada más significativo que cantidades improbables de felicidad en mentes que no tenían razón objetiva para ser felices

La muerte de su padre, el atleta-gato más famoso que los sub-pueblos hubieran producido, dio a Jestocost su primera pista definitiva.

Fue personalmente al funeral, donde el cuerpo estaba -encasquetado en un cohete de hielo que sería lanzado; al espacio. Los dolientes se mezclaban con los simples curiosos. El deporte es internacional, interracial, intermundos, interespecies. Ahí hablan *hominidos*; hombres verdaderos, cien por ciento humanas, que parecían fantasmagóricos y horribles debido a que sus ancestros habían sufrido modificaciones corpóreas para afrontar las condiciones de vida de un millar de mundos.

También estaban los sub-hombres, los *homúnculos* derivados de animales, la mayor parte de ellos en sus ropas de trabajo, y parecían más humanos que los seres humanos de los mundos exteriores. No se les permitía crecer si eran menores que la mitad de la talla del hombre, o mayores de seis veces dicha talla. Tenían que tener rasgos humanos y voces humanamente aceptables. El castigo a quienes fracasaban en sus escuelas elementales era la muerte. Jestocost miraba por encima de la multitud y se preguntaba. "Hemos puesto las normas del más despiadado tipo de supervivencia para estas gentes y les damos el más terrible incentivo, la misma vida, como condición del progreso absoluto. ¡Qué tontos somos en pensar que no podrán derrocarnos!" Los hombres verdaderos del grupo, no parecían pensar como él. Golpeaban perentoriamente con sus bastones a los sub-hombres, aun cuando fuera un funeral de uno de la misma raza, y los hombres-osos, hombres-toros y hombres-gatos les cedían el paso con un murmullo de excusa.

G'mell estaba cerca del helado féretro de su padre.

Jestocost no sólo la miraba; ella era hermosa y valía la pena mirarla. También cometió un acto que era indecente para un ciudadano común pero legal para ~m lord de la instrumentalidad: fisgoneó en su mente.

Y entonces encontró algo que no esperaba.

Al partir el ataúd, ella gritó:

-¡Ee-telly-kelly, ayúdame! ¡ayúdame!

Ella había pensado fonéticamente, no en escritura, por lo que él sólo tuvo el sonido crudo en que basar una interpretación.

Jestocost no habla llegado a ser un lord de la instrumentalidad sin mostrar su espíritu emprendedor. Su mente era rápida, demasiado rápida para ser profundamente inteligente. Pensaba por gestalt, no por lógica. Se determinó a forzar su amistad con la chica.

Decidió esperar una ocasión propicia y después cambió de idea respecto a ello.

Al regresar a casa después del funeral, él se abrió paso entre el círculo de sus compungidos amigos, sub-hombres que trataban de escudarse de las condolencias de los entusiastas del deporte, que a pesar de sus buenas intenciones, carecían de buenos modales.

Ella lo reconoció, y le mostró el respeto apropiado.

-Milord, no lo esperaba aquí. ¿Conoció a mi padre? Él asintió gravemente y le dedicó sonoras palabras de pena y consuelo, palabras que provocaron un murmullo de aprobación tanto de los humanos como de los sub-hombres.

Pero con su mano izquierda colgando indolentemente a su costado, él hizo la señal convenida de ¡alarma, *alarma!*, usada dentro del personal de Puertotierra, un golpeteo repetido del pulgar contra el dedo medio, cuando trataban de ponerse en guardia entre ellos sin llamar la atención de los transeúntes extraterrestres.

Ella se alteró tanto que casi lo hechó a perder todo. Mientras que él continuaba hablándole con palabras de doble sentido, ella casi gritó con voz clara:

-¿Se refiere a mí?

Y él continuó con sus condolencias:

-... y espero que seas tú, G'mell, la más valiosa portadora del nombre de tu padre. *Tú* eres la única a quien nos volveremos en estos momentos de duelo general *quién pudiera referirme sino* a ti, cuando digo que G¹mac-kintosh nunca hizo las cosas a medias y que murió, joven. aún, como resultado de su propio celo? Adiós, G'mell, regresaré a mi oficina.

Ella le dio alcance cuarenta minutos después.

Él la miró fijamente, estudiando su rostro.

-Este es un día importante en tu vida.

-Sí, milord, y muy triste.

-No me refiero dijo él- a la muerte y funeral de tu padre. Hablo del futuro al que debemos afrontar. Ahora, mismo, somos tú y yo.

Los ojos de ella se abrieron de asombro. Ella no había pensado que él fuera esa clase de hombre. Era un oficial que se movía libremente por toda Puertotierra, recibiendo a menudo a visitantes importantes del exterior y echando un Ojo a la oficina del ceremonial. Ella formaba parte del equipo de recepciones, cuando se necesitaba una chica coqueta para calmar a los que se hubieran alterado con el aterrizaje o para posponer una disputa. Como las geishas del antiguo Japón, ella tenía una profesión honorable; no era una mala muchacha, sino una <anfitriona coqueta profesional. Miró fijamente al lord Jestocost. Él no *parecía* como si tuviera nada inapropiadamente personal. Pero, pensó ella, nunca se puede saber tratándose de un hombre.

-Tú me conoces -dijo él, pasándole la iniciativa.

-Así lo creo dijo ella-. Algo extraño apareció en su rostro y empezó a darle su sonrisa número 3 (extremadamente adhesiva) que había aprendido en la escuela de chicas coquetas. Dándose cuenta de que estaba mal, trató de sonreírle de modo ordinario. Sintió como si hubiera hecho una mueca.

- Mírame -le dijo él- y ve si puedes confiar en mí. Voy a tomar nuestras vidas entre mis manos.

Ella lo miró. ¿Qué cosa imaginable podría envolverlos a él, un lord de la Instrumentalidad, y a ella, una submuchacha? Nunca tuvieron nada en común. Nunca lo tendrían.

-Deseo ayudar a los sub-pueblos.

Ella parpadeó. Era un pretexto crudo, usualmente seguido de una proposición más cruda todavía. Pero el rostro de él estaba iluminado por la seriedad. Ella esperó.

-Tu pueblo no tiene siquiera el poder político suficiente como para hablarnos. No cometeré una traición a la verdadera raza humana, pero deseo dar una ventaja al lado de ustedes. Si ustedes pueden negociar mejor con nosotros, esto hará más seguras todas las formas de vida a la larga.

G'mell miró al piso> sus cabellos rojos eran suaves con» la piel de un gato persa. Hacía aparecer su cabeza como bañada en llamar Sus ojos parecían humanos, a excepción que tenían la capacidad de reflejar la luz que los bañaba; los frises eran del regío verde de un antiguo gato. Cuando lo volvió a mirar, su mirada tenía el impacto de un golpe.

¿¿Qué es lo que quiere de mí?

- Mírame. Mira mi rostro. ¿Estás segura, de que no deseo nada personal de ti?

Ella pareció desconcertada.

-¿Qué otra cosa podría desear a excepción de algo personal? Soy una chica coqueta. No soy persona de ninguna importancia, y no poseo mucha educación. Usted sabe más, señor, de lo <que yo pudiera aprender jamás.

- Posiblemente - él le dijo, escrutándola.

Ella dejó de sentirse como una chica coqueta y se sintió - como un ciudadano. Ello la hizo sentirse incómoda.

-¿Quién -le dijo él, con voz- de gran solemnidades tu líder?

-El comisionado Teadrinker señor. Está a cargo de los visitantes extraterrestres -Ella miraba cautelosamente a Jestocost, aún no parecía que él estuviera jugándole un ardid.

-No me refiero a él. Es parte de mi propio personal. ¿Quién es tu líder entre los sub-pueblos?

Mí padre> pero ha muerto.

Jestocost dijo:

-Perdóname. Toma asiento por favor. Pero no es eso '0que quiero decir.

Ella estaba tan cansada que se sentó en la silla con uní inocente voluptuosidad <que hubiera desorganizado el día de cualquier hombre ordinario. Usaba el vestido de las chicas coquetas> que se asemejaban lo suficiente a las modas comunes para parecer agradablemente modestos mientras estuviera de pie. De acuerdo con su profesión, el vestuario estaba diseñado para ser inesperada y provocativamente reveladores cuando el la se sentara; no lo suficientemente revelador para disgustar por su desfachatez, pero tan abierto, drapeado y cortado que cualquiera tendría mas estímulo visual del que hubiera esperado

-Debo pedirte que arregles un 1>000 tu vestido dijo Jestocost con un tono de voz clínico-. Soy un hombre, aunque sea un funcionario, y esta entrevista es más importante para ti y para mí que lo que pueda ser cualquier distracción.

Ella estaba un poco asustada por su tono. No había deseado provocarlo. Con el funeral de aquel día, no significaban nada su vestimenta, era sólo el uniforme de su oficio.

El leyó todo eso en su rostro.

Implacablemente, siguió tras de su objetivo.

- Te he preguntado acerca de su líder. Has nombrado a tu jefe y a tu padre. Deseo el nombre de tu líder..

- No lo entiendo ~ ella, al borde de un sollozo--no lo entiendo.

Entonces, se dijo él, tengo que arriesgarme en una jugada. Proyectó a fondo su estilete mental, lanzando sus palabras como un acero al rostro de la chica.

-¿Quién... - dijo, lenta y fríamente - es... Ee... telly... kelly?

El rostro de la muchacha estaba de un color cremoso, pálida por la pena. Ahora se puso blanco - Se retorció tratando de escapar. Sus ojos brillaron como fuegos gemelos.

"Ninguna sub-humana - pensó Jestocost mientras sentía que todo daba vueltas -, podría hipnotizarme"

Sus ojos... como fuegos fríos.

La habitación pareció desvanecerse a su alrededor. La chica desapareció. Sus ojos se convinieron en una sola hoguera de fuego frío

Dentro del fuego se irguió la figura de un hombre. sus brazos eran alas, pero en los muñones de las alas le crecían manos humanas. Su rostro era blanco, frío como el mármol de una estatua antigua; sus ojos eran de un blanco opaco.

- Yo soy el E.telekeli. Debes creer en mí. puedes hablar a mi hija G'mell.

La imagen se desvaneció.

Jestocost vio a la chica mirándolo mientras permanecía desmadejada en la silla, mirando ciegamente como si él no existiera. Estaba a punto de hacer un chiste sobre su capacidad hipnótica cuando vio que ella estaba profundamente hipnotizada> aun después que él salió 4e1 trance> Ella estaba rígida y nuevamente sus vestidos caían en el desorden previsto. El efecto no era ahora estimulante; era patético en extremo, como si un accidente hubiera ocurrido a una hermosa niña. Él le habló.

Le habló, sin esperar realmente una respuesta.

-¿Quién eres? - le dijo, para probar su estado hipnótico.

- Soy aquél cuyo nombre nunca es pronunciado en voz alta -dijo la muchacha en un susurro, soy aquél cuyo secreto has penetrado. He impreso mi imagen y mi nombre en tu mente.

Jestocost? no discutía con fantasmas como aquél. Tomó una decisión.

- Si abro mi mente, ¿buscarás en ella mientras te observo? ¿Eres lo suficientemente bueno para hacerlo?

- Lo soy - susurró la voz en los labios de la chica.

G'mell se levantó y puso sus dos manos en los hombros de él. Ella le miró a los ojos. Él devolvió la mirada. Siendo él mismo un fuerte telepata, - aun así

no estaba preparado Jestocost para el enorme voltaje mental que brotó de ella.

Mira en mí mente, ordenó, busca sólo 16 referente a los sub-pueblos.

- Ya lo veo - contestó la mente tras de G'mell>

-¿Ves ya lo que deseo hacer por los sub-pueblos? Jestocost escuchó a la chica respirar pesadamente mientras su mente hacía las veces de un revelador de energía. Trató de permanecer en calma para ver qué parte de su mente estaba siendo investigada.

- Muy bien, se dijo. ¡Una inteligencia como ésta en la misma Tierra, pensó, y nosotros, los lores sin saber nada de ello!

La chica dejó escapar una risita seca.

Jestocost habló mentalmente, "lo siento, adelante".

-¿Puedo ver algo más de tu plan? - pensó la mente extraña.

- Eso es todo lo que hay.

- Oh, dijo la mente extraña, tú deseas que yo piense por ti. ¿Podrás darme las claves en el Banco y la Campana> correspondientes a la destrucción de los sub-pueblos?

- Podrás tener la clase de la información si yo puedo obtenerlas, pensó Jestocost, pero no las llaves de control ni el interruptor maestro de la Campana.

Me parece justo - pensó la otra mente - ¿y qué pagaré por ello?

- Respáldame en mi política ante la Instrumentalidad.

Hazte cargo de que los sub-pueblos sean razonables, si puedes, cuando llegue el momento de negociar Mantén - el honor y la buena fe en todos los acuerdos subsecuentes. Pero, ¿cómo podré obtener la clave? Me tomaría un año planearlo yo solo.

- Deja que la chica mire una vez - pensó la mente - y yo estaré tras de ella. ¿Te parece justo?

- Justo - pensó Jestocost.

-¿Cortamos? - pensó la mente.

-¿Cómo nos reconectaremos? - respondió mentalmente Jestocost

- Como antes, a través de la chica. Nunca digas mi nombre> No pienses en él si puedes. ¿Corte?

-¡Corte! - pensó Jestocost.

La muchacha, que había mantenido las manos en sus hombros, le hizo bajar el rostro y lo besó con firmeza y calor. Él nunca había tocado a una sub-mujer anteriormente, y nunca se le había ocurrido - que pudiera llegar a besar a alguna. Era agradable, pero le retiró los brazos de su cuello, la hizo dar media vuelta y dejó que ella descansara su peso en sus brazos.

- ¡Papacitol - suspiró ella Con expresión de alegría.

Repentinamente se puso rígida, le miró al rostro y saltó en dirección de la puerta.

Jestocost gritó -. ¡Lord Jestocost! ¿Qué hago aquí?

- Has cumplido tu deber, hija mía. Puedes irte.

Ella se tambaleó regresando al centro de la habitación.

- Me parece que voy a enfermarme - dijo ella. Y vomitó en el piso.

Él oprimió un botón para llamar a un robot encargado del aseo y ordenó café.

Ella descansó y le habló de sus esperanzas para los sub-pueblos. Permaneció una hora en su compañía. Cuando partió, ya habían estructurado un plan. Ninguno de los dos mencionó a E-telekeli, ni discutieron abiertamente sus propósitos. Si los monitores hubieran estado escuchando, no hubieran encontrado una sola frase que despertara sus sospechas.

Cuando ella hubo partido, ¡Jestocost miró por la ventana. Vio las nubes, a gran distancia de sus plantas y se percató de que el mundo tendría un aspecto crepuscular allá abajo. Había planeado ayudar a los sub-pueblos y encontró poderes de los que la humanidad organizada no tenía el menor concepto o percepción. Y tendría que continuar. Pero como compañera> ¿a G'mell en persona?

¿Hubo alguna vez un diplomático más extraño en la historia de los mundos?

En menos de una semana decidieron qué hacer. Era el concilio de los lores de la instrumentalidad sobre lo que operarían; el mismo centro cerebral. El riesgo era alto, pero el trabajo se podría hacer enteramente en unos cuantos minutos si se hacía en la misma Campana.

Esto era el tipo de cosas que interesaba a Jestocost

Él no sabía que G'mell lo vigilaba con dos fases distintas de su mente. Por una parte estaba la identificación, plena y alerta de la simpatía con los objetivos revolucionarios que ambos compartían. Por otra parte... ,era femenina.

- Ella poseía una femineidad que era más verdadera que en cualquier mujer *hominida*. Conocía el valor de su estudiada sonrisa, sus maravillosos, cabellos rojos con su textura inimaginable, su breve figura juvenil con senos firmes y persuasivas caderas. Conocía hasta el último milímetro el efecto que producían sus piernas en los hombres *hominidos*. Los verdaderos humanos no podían esconderle sus secretos. Los hombres se traicionaban con sus insaciables deseos, las mujeres por sus celos irrepresibles. Pero ella conocía a la gente más que nada por no ser aria de ellos. Tenía que aprender por imitación y la imitación es consciente. Un millar de pequeñas cosas que una mujer ordinaria daría por sentadas, o que pensaría una vez en toda una vida, eran objeto de estudio acucioso e inteligente para ella. Era una 'chica por prolesión; era una humana por asimilación; era una gata inquisitiva en su naturaleza genética. Ahora Se estaba enamorando de Jestocost, y lo sabía.

Sin embargo no se daba cuenta que el romance se convertiría eventualmente en -un rumor, se agrandaría

- hasta ser una leyenda y se destilaría en un romance. No tenía idea de la halada acerca de sus amores que se iniciaría con las líneas que se hicieron famosas mucho después

*La mujer gato abrió la partida,
burló a Id Campana,
luchó con tesón, y
al d«r a su pueblo libertad y vida
perdió el corazón...*

- Y esto estaba en su futuro, y ella no lo sabía.

Ella sabía su propio pasado y recordaba al príncipe extraterrestre que había, reposado su cabeza en su regazo diciéndole a manen de despedida, mientras tomaba unos sorbos de motl:

- Es curioso, G'mell, tú no eres ni siquiera una persona y eres el ser humano más inteligente que haya encontrado en este siglo. ¿Sabes que empobreció a mí país el enviarme a la Tierra? ¿Y qué obtuve a cambio? Nada, *nada*, y un millar de veces ,nada. Pero tú, en cambio. Si tú gobernaras la Tierra, habría yo obtenido lo que mi pueblo necesita y este mundo también habría sido más rico. El hogar del hombre, lo llaman. - ¡Hogar, un cuerno! La única persona de valía en él es una gata.

Él le acarició el tobillo, ella no se inmutó. Aquello era parte de la hospitalidad, y ella tenía sus propios medios de asegurarse de que la hospitalidad no llegara demasiado lejos. La policía terrestre la vigilaba; para ellos,, ella era sólo una conveniencia mantenida para los viajeros, algo así como los muelles sillones en la sala de espera , los bebederos que surtían agua de sabor ácido para los viajeros que no pudieran tolerar el insípido sabor del agua terrestre. Se suponía que ella no tuviera sentimientos o pudiera sentirse ofendida por algo. Si alguna vez causara un incidente, ellos la castigarían severamente, como a menudo lo hacían con los animales o con los miembros del sub-pueblo, o también podrían, después de un breve juicio formar sin apelación, hacer que la destruyeran, tal como permitía la ley y exigían las costumbres.

Habla besado a un millar de hombres, quizá a millar y medio. Los había hecho sentirse bienvenidos y ellos le confiaron sus quejas o sus secretos antes de partir. - Era una manera de vivir extenuante emocionalmente, pero muy estimulante para el intelecto. Algunas veces le hacía reír ver a las mujeres humanas con sus narices levantadas y sus aires orgullosos, y darse cuenta de que ella sabía mucho más acerca de los hombres que pertenecían a las mujeres humanas, que lo que esas mismas mujeres hubieran sabido jamás.

Una vez una mujer policía recibió la orden de investigar los antecedentes de los pioneros de Nuevo Marte. G'mell tenía encomendado la tarea de mantenerse en estrecho contacto con ellos. Cuando la mujer policía terminó de leer el reporte miró a G'mell y su rostro se distorsionó lleno de celos y remilgada indignación.

-¡Gata, así te haces llamar. Gata! Eres un cerdo, eres un perro, eres un animal. - Podrás estar trabajando para la Tierra, pero que nunca se te ocurra la idea de que eres tan buena como una persona. Creo que es un crimen que la Instrumentalidad permita que monstruos como tú reciban a los auténticos humanos que vienen del exterior. No puedo evitarlo. ¡Pero que la Campana te ayude si llegas a tocar a un solo ser humano! ¡Si te acercas a uno! ¡Si intentas algún truco! ¡Te pesará!

Sí, - señora - respondió G'mell. Y ,pensó para si misma. "Esa pobre mujer no sabe siquiera venirse o arreglarse los cabellos. No me extraña que tenga resentimientos contra alguien que se las arregle para verse bonita.

Quizá la mujer policía pensó que su ira descarnada disgustaría profundamente a G'mell. No fue así. Los miembros de los sub-pueblos estaban acostumbrados al odio, y no era mucho peor cuando era crudo y descarnado, que cuando estaba envuelto en amabilidades y se les ofrecía como un cebo envenenado. Tenían que vivir con ello.

Pero ahora, todo habla cambiado. Estaba enamorada de Jestocost.

¿La amaba él?

Imposible. No, imposible no. Fuera de la ley, más bien, indecente... sí, cualquiera de estas cosas, pero 'no imposible. Con seguridad él sentía algo de su amor. Pero si lo sentía, no daba señales de ello.

Loa humanos y los no humanos se hablan enamorado muchas ocasiones en el pasado. Siempre se destruía a los miembros de los sub-pueblos y los verdaderos humanos recibían un lavado cerebral. Existían leyes contra esa clase de cosas. Los científicos humanos hablan creado a los sub-humanos, les dieron capacidades que no tenían las gentes verdaderas (el salto de mil yardas, la telepatía subterránea de dos millas, el -hombrevaca que guardaba las puertas sin ninguna remuneración) y también les proporcionaron mucho de la forma humana. Era más fácil así. El ojo humano, la mano de cinco dedos, la talla humana... eran convenientes por razones de ingeniería. Al hacer a los sub-humanos de la misma figura y talla que los humanos, más o menos, los científicos eliminaron la necesidad de una docena de juegos diferentes de mobiliario, herramientas y demás. La forma humana era bastante buena para todos ellos.

Pero olvidaron el corazón humano.

Y ahora ella, G'mell, se había enamorado de un hombre, de un hombre verdadero que contaba con suficiente edad para haber sido el abuelo de su propio padre..

Pero ella no se sentía llena de amor filial de ningún modo. Recordaba que con su propio padre habla existido una fácil camaradería, un afecto inocente, que escondía el hecho de que él era más considerablemente gatuno que ella. Entre ellos habla un abismo de palabras jamás habladas... cosas que no podían ser dichas por ninguno de los dos. Esto, creaba una distancia enorme, que era descorazonadora pero que era inenarrable. Su padre había muerto, y ahora - estaba este hombre verdadero₁ con toda la bondad.

"Eso es", se dijo ella en un murmullo, "con toda la bondad que no han mostrado ninguno de los hombres que pasan. Con toda la profundidad que los pobres miembros de mi raza jamás podrán obtener. No es que no la haya dentro de ellos. Pero nacen como basura, son tratados como basura y eliminados como basura, cuando mueren. ¿cómo podría desarrollar una bondad verdadera uno de mi propia raza? Hay una clase especial de majestuosidad en la bondad. Es lo mejor de los seres humanos. Y él tiene tan mar de ello dentro de sí. Y es extraño que nunca haya dado su verdadero amor a ninguna mujer humana".

- Se detuvo. Después se consoló, diciéndose: "O si lo ha hecho, ha sido tan remoto que ya no tiene importancia. Me tiene a *mi*. ¿Acaso no lo sabe?".

El lord Jestocost lo sabia, y no lo sabía sin embargo. Estaba acostumbrado a obtener lealtad de la gente porque él ofrecía lealtad y honor en sus diarias tareas. Aún estaba familiarizado con la lealtad que se convertía en una obsesión que buscaba forma física, particularmente proviniendo de mujeres,

niños, o miembros de los sub-pueblos. Él siempre se había enfrentado ; eso anteriormente. Ahora arriesgaba descansando en que G'mell era una persona extraordinariamente inteligente, y una chica coqueta, y como tal, debido a su trabajo en el equipo de hospitalidad de la policía de Puertotierra habría aprendido a controlar tus sentimientos personales.

"Ambos nacimos en la época errónea", pensó, "cuando encuentro a la más inteligente y bella mujer que he conocido, tengo que poner el deber ante todo. Pero todo esto acerca de gentes humanas y sub-humanos, es molesto. Definitivamente molesto. Tendremos que mantener las personalidades alejadas de esto.

Así pensó Quizá tenía razón.

Si aquél cuyo nombre no podía mencionarse, - que - ni siquiera se atrevía a recordar, ordenaba un ataque a la misma Campana, valdría sus propias vidas. Sus emociones no podrían intervenir en esto. Importaba la Campana: importaba la justicia: importaba el perpetuo retorno de la humanidad' al progreso. Él no importaba, porque él ya había hecho la mayor parte de su obra. G'mell no importaba, porque si fracasaban ella quedaría para siempre con el sub-mundo. Importaba la Campana.

- El precio de lo que se proponían era alto, pero la tarea podría hacerse en unos cuantos minutos si se hacía en la Campana misma.

La Campana, por supuesto, no era Campana. En una mesa de ubicación, que tenía tres veces la altura de un hombre. Estaba ubicada un piso abajo del salón de reuniones, y en su forma tenía vagas reminiscencias de una campana antigua. La mesa del consejo de los lores de la Instrumentalidad tenía un círculo cortado en el centro, de tal modo que los lores pudieran ver en la Campana cualquier situación que solicitaran, manual o telepáticamente. El banco que existía por debajo, oculto por el piso, era el banco de memorias clave de todo el sistema. Existían duplicados en treinta y tantos otros sitios de la Tierra. Dos duplicados yacían ocultos en el espacio interestelar, uno de ellos al lado de la dorada nave de los noventa millones de millas que quedó de la guerra contra Raumsog y el otro disimulado como un asteroide.

Muchos de los lores estaban fuera del mundo en los asuntos de la Instrumentalidad.

Sólo tres, además de Jestocost, estaban presentes -. la lady Johanna Gnade, el lord Issan Olascoaga y el lord William No-de-aquí. (Los No-de-aquí eran una gran familia nostraliana que había regresado a la Tierra muchas generaciones atrás.

El E-telekeli dijo a Jestocost los rudimentos de un plan. Iba a traer a G'mell a las cámaras mediante un requerimiento. Los requerimientos eran asunto serio.

Tendrían que evitar su muerte sumaría por justicia automática, si los relevadores de energía se empezaban a soltar.

G'mell entraría en un trance parcial en la cámara.

Él entonces pediría los elementos de la Campana que E-telekeli' deseaba examinar. Un pedio sería suficiente. E-telekeli asumiría la responsabilidad de seguirles la pista. Los otros lores serían distraídos por él, E-telekeli.

Era simple en apariencia. La complicación vendría con la acción.

El plan parecía débil, pero ya no podría hacer nada Jestocost. Empezó a maldecirse a sí mismo por permitir que su pasión por la política lo involucrara en la intriga. Era demasiado tarde para retroceder con honor; además, había dado su palabra; le gustaba G'mell, como un ser, no como una chica coqueta, y aborrecería verla marcada con el desengaño para el resto de su vida. Sabía cómo los del sub-pueblo apreciaban sus identidades y su situación.

Con el corazón contrito pero la mente alerta se dirigió a la cámara del consejo. Una muchacha-perro, mensajero rutinario que había visto a la puerta durante muchos meses, le entregó las minutas.

Se preguntó cómo G'mell o E-telekeli se pondrían en contacto con él, una vez que estuviera dentro de la cámara con su estrecha red de interceptación telepática.

Se sentó a la mesa... Y casi saltó de su asiento.

Los conspiradores habían falsificado las minutas ellos mismos, y el asunto principal era: "G'mell hija de G'mac-kintosh, estirpe gatuna (pura) lote 1138, confesión oficial. Materia: conspiración para exportar material - homuncular. Referencia: planeta De Prinsepsmacht.

Lady Johanna Gnade había ya oprimido los botones para el planeta involucrado. El pueblo de allá, terráqueo por origen, eran enormemente fuertes pero pasaban por arduos problemas para poder mantener la apariencia original de la Tierra. Uno de sus hombres principales estaba en la Tierra en esos momentos. Llevaba el título de el príncipe de las penumbras (Prins van de schemering) y representaba una misión diplomática y comercial.

Dado que Jestocost llegó un poco tarde, G'mell ya era traída al salón mientras él revisaba las minutas.

El lord No-de-aquí pidió a Jestocost que presidiera.

-Le pido, señor y erudito - respondió éste - que se una a mi para suplicar al lord Issan que presida en esta ocasión.

La presidencia era una formalidad. Jestocost, vigilaría mejor la Campana y el banco si no tuviera que dirigir la reunión al mismo tiempo.

G'mell usaba las ropas de los prisioneros. En ella se veía bien. Él nunca la había visto usando otra cosa que los vestidos de las chicas coquetas. El azul pálido de la túnica de la prisión la hacía aparecer muy joven, humana, delicada y atemorizada. Su ascendencia gatuna sólo se mostraba en la fiera cascada de sus cabellos y en el flexible movimiento de su cuerpo al sentarse, demudada y erecta.

Lord lasan le pidió:

- Ya has confesado. Hazlo de nuevo.

- Este hombre - y ella señaló un retrato del príncipe de las penumbras, deseaba ir al sitio donde atormentan a niños como un espectáculo.

-¿Qué? - gritaron a la vez tres de los lores.

-¿Qué lugar? - dijo lady Johanna, que estaba decididamente en favor de la bondad.

- Lo maneja un hombre que se parece a este caballero, dijo G'mell, señalando a Jestocost

Rápidamente, de modo que nadie pudiera detenerla, pero modestamente, ella dio vuelta a la habitación y tocó el hombro de Jestocost. Él sintió el contacto de la telepatía y escuchó trinos dentro del cerebro de ella. Se percató de que el E-telekeli estaba ya en contacto con ella.

- El hombre que tiene aquel lugar - dijo G'mell - pesa cinco libras menos que este caballero, tiene cabellos rojos y es dos pulgadas más bajo de estatura. Su establecimiento está en la esquina del Ocaso Frío en Puertotierra, bajo el boulevard. Algunos miembros del sub-mundo de bastante mala reputación, viven en esa vecindad.

La Campana tomó un tono lechoso, destellando a través de cientos de combinaciones de sub-humanos malos en aquella área de la ciudad. Jestocost no pudo dejar de mirar fijamente a la lechosa bruma con irresistible concentración.

La Campana se aclaró.

Mostró la vaga imagen de una habitación en la cual, algunos niños jugaban acertijos del día de las brujas.

- Esos no son gente. Son robots.

- Entonces - añadió G'mell - él deseó un dólar y un chelín para llevar a casa. Auténticos. Un robot habla encontrado algunos.

-¿Qué es eso? - dijo lord Issan.

- Monedas antiguas... el dinero auténtico de la antigua América y la vieja Australia - exclamó lord William. -Yo tengo algunas copias, pero no existen

originales fuera del museo del Estado. Era un ardiente y apasionado coleccionista de monedas.

- El robot las encontró en un viejo escondite bajo Puertotierra.

Lord William casi gritó a la Campana.

- Recorre todos los escondites y encuentra esas monedas. La Campana se nubló. Para buscar a todos los sub-humanos de mala vida, habla recorrido todos los puestos policiacos del sector noroeste de la Torre. - Ahora escudriñó todos los puestos policiacos bajo la torre, y recorrió vacilante a través de miles de combinaciones antes de concentrarse en un viejo taller. Un robot estaba puliendo algunas piezas circulares de metal.

- Cuando lord William vio el pulido, se enfureció.

- Traíganmelas aquí - gritó. ¡Yo mismo quiero comprarlas!

- Muy bien - dijo el lord Issan -. Es un poco irregular, pero está bien.

La máquina mostró los sistemas clave de localización y trajo al robot al escalador.

El lord Issan dijo:

- No es un caso justificado.

G'mell hizo pucheros. Era una buena actriz.

- Después me pidió que le consiguiera un huevo de *homúnculo*. Uno del tipo E, derivado de las aves, para *llevarlo* a casa.

Issan operó el mecanismo localizador.

- Quizá - dijo G'mell - alguien lo ha puesto ya en las series de donación.

La Campana y el banco recorrieron todas las series de disponibilidad a velocidad fantástica. Jestocost sintió que sus nervios estallaban. Ningún humano podría haber memorizado aquellos millares de patrones que destellaban en la Campana a una velocidad demasiado grande para los ojos humanos, pero el cerebro que leía a la Campana a través de sus ojos, no era humano. Podía aun ser un autocomputador. Era, pensó Jestocost, una indignidad para un lord de la Instrumentalidad, el ser usado como un instrumento de espionaje.

La máquina se oscureció.

- Eres un fraude - explotó el lord Issan -. No hay evidencia.

- Quizá el extraterrestre hizo el intento - sugirió lady Johanna.

- Háganlo seguir - dijo lord William -. Si es capaz de robar monedas antiguas, es capaz de robar cualquier cosa.

Lady Johanna se volvió a G'mell.

- Eres una torpe. Nos has hecho perder el tiempo y dejar de lado nuestros importantes asuntos intermundiales.

- Yo creía que era esto también un asunto intermundial. - Lloró G'mell -. Dejó caer su mano del hombro de Jestocost, donde había descansado todo el tiempo. La conexión de cuerpo a cuerpo quedó rota y con ella el eslabón telepático.

- Debemos juzgarlo - dijo lord Juan.

- Debieras ser castigada - dijo lady Johanna.

El lord Jestocost no dijo nada, pero hubo un resplandor de felicidad en su interior. Si el E-telekeli era la mitad de lo bueno que parecía, los del sub-pueblo tendrían una lista de los puestos de alerta y las rutas de escape que podrían facilitarles ocultarse de las caprichosas sentencias de muerte indolora que las autoridades humanas dictaban.

Hubo cantos en los corredores aquella noche.

Sin razón aparente, los sub-humanos estallaron en alegría.

-G'mell danzó una salvaje danza gatuna para el próximo cliente que llegó de los mundos exteriores esa misma noche. Cuando regresó a casa, se arrodilló ante el retrato de su padre, G'mackintosh y agradeció - al E-telekeli por lo que Jestocost había hecho.

Pero la historia se conoció hasta algunas generaciones después cuando el lord Jestocost se hizo acreedor a la gratitud por ser el campeón de los sub-pueblos y cuando las autoridades, aún sin tener conocimiento de la existencia del E-telekeli, aceptaron a los representantes electos de los sub-pueblos como negociadores para mejores términos de vida; y ya G'mell había muerto tiempo atrás. Ella vivió una larga y buena vida.

- Llegó a ser una excelente cocinera en jefe, cuando fue demasiado vieja para continuar siendo una chica coqueta. Jestocost la visitó una vez. Su comida era famosa.

- Hay unos versos simplones que corren entre los sub-humanos. No los conoce ningún ser humano, con excepción mía.

- No me importan los versos - respondió ella.

- Les llaman "Lo que ella hizo

G'mell se ruborizó hasta el escote de su amplia blusa. Ella había aumentado bastante de volumen en la edad madura. El manejar el restaurante ayudé un poco.

- Oh, esos versos - dijo ella -, es una tontería.

- Dicen que tú te enamoraste de un *hominido*.

- No - dijo ella -. No me enamoré.

Sus ojos verdes, tan hermosos como siempre, lo miraron profundamente. Jestocost se sintió incómodo. Él apreciaba las relaciones políticas; esto se ponía de un tono personal y lo hacía sentirse a disgusto.

Las luces de la habitación cambiaron y sus ojos de gato fulguraron, parecía una vez más la chica de cabellos de fuego que conoció.

- No estaba enamorada. No se le podría llamar así.

Su corazón gritó, *era de ti, era de ti era de tí*

- Pero los versos - insistió Jestocost - dicen que era un *hominido*. ¿Se trataba de aquel Prins van de Schemering?

-¿Quién era él? - Preguntó G'mell calmadamente, pero sus emociones pregonaban a gritos: *¿amado, lo sabrás alguna vez?*

- El hombre fuerte.

- Oh, el lo había olvidado.

Jestocost se levantó de la mesa.

- Has vivido bien, G'mell. Has sido una. ciudadana, una directiva, una guía. Y, ¿sabes cuantos hijos has tenido?

- Sesenta y tres - respondió ella -. Sólo porque son muchos no quiere decir que no los conozca.

Su humor ligero lo abandonó. Su rostro era grave, su voz amable.

- No quise molestarte, G'mell.

Él nunca supo que cuando partió,. ella regresó a la Cocina y lloró por largo rato. Era Jestocost de quien habla estado enamorada en vano desde que fueron camaradas, muchos años atrás.

Aún hasta después que murió ella, en la edad plena de ciento tres años, él continuó viéndola en, los corredores y plazas de Puertotierra. Muchas de sus

bisnietas eran muy semejantes a ella y algunas de ellas practicaban la profesión de las chicas coquetas con bastante éxito.

No eran ya semi-esclavos. Eran ciudadanos (con grado de reserva) y tenían fotopases que protegían sus propiedades, identidad y sus derechos. Jestocost era el padrino de todos ellos; a veces se sentía embarazado cuando las criaturas más voluptuosas en el universo le lanzaban besos juguetones. Todo a lo que aspiraba era a la satisfacción de sus pasiones políticas,, no sus pasiones personales. Él siempre habla estado, locamente enamorado...

De la justicia.

Al final; llegó su hora. Se dio cuenta de que estaba muriendo, y no sintió pena alguna. Tuvo una esposa, cientos de años atrás, y la había amado; sus hijos pasaron a la generación del hombre.

Al final, deseaba saber algo, y llamó a aquél cuyo nombre no se puede mencionar (o a su sucesor) hasta muy dentro de las profundidades terrestres. Lo llamó con la mente hasta que fue un verdadero grito.

Yo he ayudado a tu pueblo.

"Si", llegó la respuesta en un apagado susurro dentro de su mente.

Estoy muriendo. Debo saben ¿Me amaba el?

"Ella siguió adelante sin ti, tanto te amaba que te dejó tu conveniencia, no por la tuya. Te amaba realmente. Más ,que a su vida. Más que al tiempo. Nunca se separarán".

"¿Nunca nos separaremos'."

- 'No, no en la memoria del hombre", dijo - la voz, y se apagó después.

Jestocost descansó la cabeza en la almohada y esperó a que terminara el día.

* * *

De 9 grandes clásicos de Ciencia-Ficción

Editorial Diana México

Primera edición 1965

Libros Tauro